

Me voy

El pasado viernes comí con un íntimo amigo. Iba impecablemente vestido y su mirada era limpia, inteligente. Este amigo mío es un ejecutivo de cincuenta años, socio de una gran consultoría, gana dinero a espuestas, tiene tres hijos maravillosos que no sólo son guapos sino además estudiosos y simpáticos, vive en un chalet en el mejor barrio de Madrid y tiene una mujer culta y refinada con la que comparte su pasión por la Literatura, la Pintura, el Teatro, la Música. Y es que mi amigo, además, es abrumadoramente culto y sensible. Por último: tiene un cuerpo danone y, créanme, es una gran persona.

Mientras comíamos, mi amigo sacó las manos azules de sus ojos y las metió en los míos, desesperadas, mientras aseguraba que estaba al límite, que se estaba ahogando de tedio, que se sentía muerto en vida, que estaba a punto de reventar de sufrimiento. “¿Por qué no lo dejas todo? Ten huevos: vete.” Se me ocurrió aconsejarle. “Sí, vete a Cuba y apúntate, no sé, a un curso de pintura. Te imaginas: agujerear tus sentidos para que entren a lo bestia las formas y los colores de una isla pintada con imágenes que sólo se ven en sueños.” Él seguía agitando con desesperación las manos azules de sus ojos, y me pareció que gritaba en silencio, como si hubiera sido enterrado, vivo, en un ataúd transparente.

Por la noche empecé otra de las novelas francesas que ha traído Anagrama. Se llama “Me voy” y su autor es Jean Echenoz. Es la odisea de un galerista parisino que tras reventar de tedio inicia una huída que le llevará hasta el Polo Norte, entre otros lugares insólitos. Echenoz ha seducido a los franceses con una prosa de acción neta que despide un sutil olor a amoníaco, y con ella trata de explicitar la esencia tediosa y banal de cualquier situación en la que consiga ubicarse el ser humano. Es curioso leer las peripecias del antihéroe en un rompehielos donde los olores de axilas, la insustancialidad de los tripulantes y el cutrerío generalizado nos dan la señal de alarma: el tedio, el nihilismo, la muerte en vida, la fealdad, el sexo casoso, quizás no se queden en casa el día que digamos: “Me voy”. Hay una frase muy molesta, seguramente absurda, de un maestro del Zen -un tal Deshimaru- que dice: “Si no eres capaz de ser feliz ahora, no lo serás nunca.”